

UN AMIGO

antes era bastante más sencillo; estaba usted y estaban las tardes de domingo para pasarlas juntos recorriendo la ciudad y cuando yo me sumía en uno de mis habituales accesos de melancolía usted pronunciaba alguna frase irónica o descabellada para devolverme al mundo, a la ciudad, a los pasos, porque yo siempre quería marcharme y usted en cambio quería quedarse, permanecer, y permanecer no es lo mismo que marcharse: marcharse es emprender, reconducir de nuevo; en cambio en usted había un principio pasivo, altamente peligroso en lo que ocultaba de suicida, de desencantado, y es que yo quería huir de la ciudad y usted se quería quedar en la ciudad porque usted pensaba que moriría a los 38 años, en una de sus ya célebres y amargas supersticiones, que justificaba aludiendo a sueños o a algún recuerdo inventado o antiguo, por ejemplo, usted recordaba a menudo una vez cuando delante de una ventana le dijo a su compañera que era incapaz de ver nada en el futuro más que un bloque negro y compactado y ella sufría incansablemente porque quería devolverla al mundo, como usted cuando yo me iba pretendía devolverme a mí al mundo con una de sus frases irónicas o descabelladas, y usted decía esas frases sin duda porque tenía miedo y el miedo nos hace lanzar hacia fuera ecos o risas o emitir cualquier clase de sonido articulado, y fueron muchas mis tentativas de huir de la ciudad mientras usted en contrapeso se esforzaba por quedarse en ella cuando ya todos se habían marchado; en mitad del paisaje desértico usted se sentía cercada por presencias invisibles, al abrigo de los fantasmas, y usted tenía y sostenía la certeza de que moriría a los 38 años en compañía de sus propios hiperbólicos fantasmas, tal era su asco por la vida que sin embargo azuzaba en los otros como quien azuza las llamas de un fuego que está por extinguirse, pero usted no azuzaba ese fuego para provocar un incendio sino para avivar un rescoldo, una llamita leve y silenciosa en el núcleo, pues las grandes palabras como incendio o vacío o desamparo las dejaba para usted misma; en los otros quería la liviandad y la alegría mientras que para usted misma quería la gravedad y el lastre; tal era su asco por la vida que sin embargo tapiaba y escondía tras una carcajada estrepitosa, tras grandes bailes y aspavientos, noches de alcohol y excesos y música,

y cuando yo me marché de la ciudad definitivamente, porque eso sucedió, porque el deseo devino acontecimiento como a usted le hubiera gustado decir o que yo dijera, usted se dedicó a tratar de negar que eso había sucedido, y yo también, a mi modo, a través de largos interminables mensajes que le enviaba a diario, para restituir la distancia y la culpa de haber abandonado la ciudad que en tantos sentidos era usted y eran los otros y los animales que la habitaban y mi pasado en ella, mi necesidad de la nostalgia como una cápsula vibrante y sumarísima, y usted se dedicó a negar que yo me había marchado y usted se empeñaba en dejar de

recordar lo que en la ciudad habíamos compartido en una ceremonia infernal de desapego,
usted trazó otra ruta por la ciudad que ya no me contenía para poder sobrevivir a mi ausencia, la ausencia del amigo tan querido con quien, de existir algo similar a la ternura, hubiera sido posible, de manera muy aproximada, porque no conocemos la verdad de las cosas sino su remedo, su materia siempre insondable y traslúcida, porque como usted hubiera dicho en uno de sus accesos lapidarios, dado que no no conocemos la verdad de las cosas no nos queda otra opción que hacer hipótesis, construir holgadas teorías, haraganear en torno a ellas hasta quedar exhaustos y sin aliento,
y es que del mismo modo que yo tenía accesos melancólicos usted tenía accesos lapidarios, conatos de cierre de los que sin embargo en el fondo renegaba, porque sabía o intuía o presentía que todo, absolutamente todo, está abierto, y que echar el cierre no es más que una forma de cobardía o de claudicación o una expresión disfrazada de la voluntad del Padre, de la que hablábamos a menudo con una jocosa lejanía irreverente,
y éramos expertos en quedar exhaustos y sin aliento dando vueltas y vueltas sobre el mismo eje y caminando por nuestra ciudad las tardes de domingo con un sentido de la orientación exasperantemente preciso sin que hiciera falta ningún mapa ni medios de transporte, nada más que nuestros pies cansados y las piernas aún muy jóvenes que sabíamos que algún día dejarían de serlo,
y ese pensamiento aún no nos hacía demasiado daño

LA CANCIÓN DE LILITH

ella
quería copular con la creación entera
con los restos de tierra que se desprenden de las
constelaciones con un nido de zorzales diminutos con el desuello de las
reses con
un sedimento con lo abotargado con lo antónimo
con una tenaza con
la savia de las

flores de color rojo con-
sigo-
misma-misma semper eadem

con las páginas que la predicaban
con lo cardinal y lo quebrado de sí y de las

otras con
lo entremezclado
difícil
fangoso

De *Periférica interior*, Stendhal Books, Barcelona, 2021.

El desierto rojo

«¿Qué debería hacer con mis ojos? ¿Qué debo mirar?»
Monica Vitti en *El desierto rojo*, de Michelangelo Antonioni

tantas cosas vistas digeridas y calladas huevos de codorniz pisadas adoquines paneles de color desconchamientos vasos de vino barracas una enfermedad los rostros de los hombres el talle de las mujeres *lo llevaría todo conmigo* están el contexto las sirenas que cantan o chirrían las piernas tuertas del hijo el cilindro vallado de la realidad las simulaciones un asidero algo de una sola pieza el barniz colgante de las propias palabras *ni siquiera tú me has ayudado* una playa desierta donde nada una niña el mar es azul la arena rosa

De *Spéculum (De la mujer que mira)*, Ejemplar Único, Valencia, 2019.

NO

Ella me dijo: “Y entonces aprendí a vivir como si tú ya hubieras muerto”- pero yo vivía.

Cito lo que no aparece. Si lo hago, al citarte en la cadena enhebrada, alimenticia, el pasado, el presente y los restos del futuro se destruyen. Yo te hago aparecer ahora, citándote. Para vivir.

Ella me dijo. Ella me dijo. Hueso sacro, rostro ovalado, muñecas, pubis. Cuando mueras yo no; cuando mueras, si mueres, porque habrás de morir, la ausencia no será un taburete vacío, un simple gesto huido en el espejo. Si mueres, porque habrás de morir, todavía, y yo habré de morir, lo que quede será lo que no queda: el ruido de mi cuerpo al golpearse en la persiana, el que harán los otros cuerpos nacidos tras el tuyo.

Cito lo que no aparece y si lo cito, si te cito a ti, así, removida, si te cito a ti recorriendo otras ciudades, desligada tu melena de mi ojo, el pie de la lente óptica en la espalda, desligada la sopa de la cuchara y tus labios del caldo al secarse hacia la boca, tus caderas de mis manos. Si no apareces, porque no aparecerás, en el no-suceso habrá evisceración, caída de la voz en la garganta, y en el suceso habrá volumen y sacudidas; en el no-suceso dejaré de tener hambre y de perder aliento en cajas huecas, pero en el suceso no dejaré de perder aliento y tendré hambre; en el no-suceso olvidaré el arco de la voz y las mejillas, y en el suceso las recordaré; en el no-suceso habrá tábula rasa y surco y año cero y en el suceso, óxido, inscripciones.

Ella me dijo: todo tiene dos medidas, dos curvas. Una horizontal y una vertical. Una justa y otra rebosante. Tú eres vertical y rebosante. Si ella lo hubiera dicho. Si ella ahora, tú, quién, yo, dijéramos esto con el mismo tono con que un papel de lija resuena al deslizarse contra cualquier superficie. Nos oiríamos. Lograríamos comprender. En el sonido, en el incierto merodeo del sonido, algo parecido a la conciencia. Tal vez. Como zurcir la pieza antes del roto. Rodeando el núcleo de la llaga. La excoriación cubierta de avena. Síntesis desconcertada. Ida.

De *Transfusas (2010-2018)*, Ediciones del 4 de Agosto, Logroño, 2018.

Parte dos

Ex-ceso/ Post-nombre

(iv)

el vacío es un sistema de locuciones posibles

su boca la de (...)

hollada

desprendida

el poema:

alfiler

macilento

su boca la de (...)

magulladura

se abre la garganta sitiada se escribe:

jeroglífico

bobina

hiel

o

desmemoria

deslocalizada
alga focal como el poema

dice tanto como el silencio lo que no compone un todo
estertor abstracto

su boca la de (...)

entorno de la esfinge y su pregunta

áspera resonancia
el poema es el deseo

recurrencia

intramuro adocenado

lumbre

antivida

el poema es el deseo del poema

su boca la de (...)

calcifica

disglosia

el margen se dirige: dispón de (...) / haz hablar de nuevo

el poema es un rugido invertebrado

hierro

diámetro de la tiza cayendo

soliloquio

(v)

su boca la de (...)

no-boca

hueso lapidado dicta su arco de oxígeno

contra el poema

inmolación

o

falsario

/el poema

la mañana como una navaja irrumpe

tallando el silencio

su boca la de (...)

acaricia acaricia

y pierde

no-boca

no-poema

no-nombre o pronombre

desafilada

oscura deposición

de lo que por sí mismo habla y se

reserva

nido de palabras

despejada pleura

discontinua

no-boca recubre el lenguaje

fárfara borrosa

no-boca la de (...)

transvigilia

pasadizo

el poema

cesión de extraños meandros

desconocida isla

arcón

desbordamiento

y quién caza su contorno

De *Desbordamientos*, Ediciones Tigres de Papel, Madrid, 2015.